



ROMANCE MISTICO.

LOS DESPOSORIOS DE SAN JOSE Y LA VIRGEN SANTISIMA.

PRIMERA PARTE.

Adan, nuestro primer padre,
al gusto condescendiendo
de Eva su esposa, á quien vino
aquel ardiente deseo
de la manzana, por quien

quedamos en cautiverio,
nos dejó á todos manchados
con el torpe borron feo
de la culpa original,
que se ha ido difundiendo

por todo el linaje humano,
 pues quedó á ella sujeto.
 Solo la Virgen María,
 por especial privilegio,
 en gracia fue concebida,
 destinada de abeterno
 para Madre de un Dios Hombre,
 que por nosotros muriendo,
 venció á la muerte y pecado,
 triunfando de los infiernos.
 Hija de Joaquin y Ana
 fue esta doncella, teniendo
 á David, Jacob y Abrahan
 por sus dichosos abuelos.
 Considerando estas cosas,
 me vine á quedar durmiendo,
 cuando entre sueños discurro
 en lo que pensé despierto:
 pues miro como presente
 á María, claro espejo
 de virtud y castidad,
 que por sus padres al templo
 fue ofrecida desde niña,
 y permaneció asistiendo
 con humildad tan perfecta,
 que á explicarlo no me atrevo:
 pero básteme el decirlo,
 que estando del Padre Eterno
 entre todas escogida
 para ser Madre del Verbo,
 habia de ser perfecta
 en todo y con todo extremo.
 Mirando á un lado y á otro,
 ví un bellissimo mancebo,
 tan dotado de virtudes,
 como otro ha habido en el suelo.
 Este es San José, señores,
 un galardo carpintero,
 y que tiene con María
 muy cercano parentesco.

Pues tratando de casarla,
 por ser de edad, discurriendo
 quién pudiese ser tan digno
 de su mano, dispusieron
 por inspiracion divina,
 que hiciera patente el cielo
 la santidad y virtudes
 del venturoso mancebo.
 Y así un dia señalado
 saliesen á cierto puesto
 los mancebos que tenia
 aquel tan dichoso pueblo,
 con báculos en las manos,
 y el que dispusiese el cielo
 que su vara floreciera,
 de María fuese dueño.
 En fin, se alborozan todos,
 cada uno discurriendo
 del modo que ha de salir.
 Bizarros salen al puesto,
 todos con ricas libreas
 á porfía compitiendo,
 dentro de sí imaginando
 cada cual merecer serlo.
 Y este mancebo gallardo
 entre ellos se ha descubierto,
 tan castamente vestido
 de un manto blanco y honesto,
 que manifiesta el tesoro
 de virginidad inmenso,
 que con humildad encierra
 aquel generoso pecho;
 y bien descuidado iba
 de que su merecimiento
 le llegase á ser esposo
 de María, hermoso cielo.
 Mas estando decretado,
 que él solo merece serlo,
 le quiso dar compañera
 Dios, con tan grandes aumentos,

R. 22.26

que si hay algunas ventajas,
 en María las veremos.
 Salió María vestida
 del bello color de cielo:
 sobre él llevaba esparcidos,
 con un liston blanco presos,
 los cabellos, hebras de oro,
 que al de Ofir causaban celos.
 Algun tanto iba confusa
 allá dentro de su pecho,
 que la obediencia la obliga
 á quebrar el voto hecho
 de castidad, pero piensa,
 que obedecer es primero,
 y así al cielo le suplica
 reciba su santo celo.
 Apenas llegó María
 con sus padres y sus deudos,
 y el escuadron numeroso
 de los bizarros mancebos,
 se postraron de rodillas
 en el suntuoso templo,
 y en sus oraciones vieron
 descubierto este misterio,
 pues en José se advirtió,
 que el báculo alto y seco
 en un instante brotaba
 flores en racimos bellos.
 Admirados pues en ver
 este tan feliz suceso,
 y que el ser esposa suya
 lo manifestaba el cielo,
 luego al punto se la entregan
 con alegría y contento.
 El humilde en tal accion,
 con muy cariñoso afecto
 la dice: bella María,
 mi indignidad os confieso;
 vos engrandeceis, Señora,
 este humilde esclavo vuestro.

Y María le responde:
 esposo querido, el cielo
 quiere premiar mi humildad
 con tan santo compañero;
 en mí tendreis una esclava
 humilde al servicio vuestro,
 y mis faltas, os suplico,
 supla vuestro entendimiento.
 Los llevaron á la casa
 de José con gran contento,
 y dejándolos en ella,
 alegres se despidieron.
 Quedaron los desposados
 muy gozosos en extremo,
 pero no determinados
 contra su voto propuesto.
 Retiranse á la oracion,
 cada cual en su aposento,
 pidiendo á Dios que les libre
 de este tan terrible aprieto.
 Mi Dios, decia María,
 José decia lo mismo;
 ¡quién pudiera, quién pudiera
 decirle á mi amado dueño,
 decirle á mi dulce Esposa
 el pensamiento que tengo!
 Mas Dios que los vió afligidos,
 quiso enviarles consuelo,
 y á cada cual de por sí
 les anuncia el voto hecho
 de castidad, con que quedan
 asegurados y quietos,
 dándole á Dios muchas gracias,
 y en gozo anegado el pecho,
 se buscan regocijados
 los dos amantes del cielo.
 Amorosos se reciben,
 y refiriendo su intento,
 con castísimos abrazos
 se afirman en lo propuesto;

4
despídense cortesmente,
porque ya se hacia tiempo
de que cada cual se fuese
á recoger á su lecho.
Servia la Virgen pura
á su esposo, amado dueño,
con tanto amor y humildad,
que no puedo encarecerlo;
José la correspondia
con un amor tan perfecto,
que del cariño de entrambos
envidia tenia el cielo.
Las noches y dias parten
por mitad siempre, asistiendo
al trabajo con cuidado,
y á la oracion con afecto.
Leyendo un dia María
el soberano misterio,
que una Virgen pariria
al Autor de tierra y cielo,
profundamente humillada,
dijo en lo interior del pecho:
¿quién pudiera ser esclava
para estar siempre asistiendo
á aquella que ha de ser Madre
de tan buen Hijo en el suelo!
Cuando rasgando los aires,
ante sus ojos serenos
se presentó muy bizarro
un bellissimo mancebo.
Dios te salve, gran María,
dijo el Angel, y poniendo
en el suelo ambas rodillas,
prosiguió cortés y atento:
llena eres de gracia, y Dios
está contigo de asiento.
Turbada se halló la Virgen,
pensando qué fuera esto;
y el Angel la aseguró,
de esta manera diciendo:

con Dios encontraste gracia,
concebirás, y en efecto
tendrás un Hijo, y Jesus
será su nombre preexcelso;
el cual será varon grande,
é Hijo de Dios verdadero
le ha de confesar el mundo,
y de David el asiento
ocupará, y de Jacob
en la casa, será eterno
su reinado. Mas la Virgen
á su entereza atendiendo,
dijo: ¿cómo puede ser,
si yo y José hemos hecho
voto de virginidad?
Respondió el Angel á esto:
será por virtud y gracia
del divino Paraclete,
y el muy alto te hará sombra:
y tu Hijo santo siendo,
le dirán Hijo de Dios.
Y para mas prueba de ello,
tu prima Isabel preñada
de un hijo, ya en el mes sexto
se encuentra, con ser estéril;
que para el poder inmenso
de Dios nada hay imposible.
Y María vuelta al cielo,
Señor, aquí está tu esclava,
dijo; cúmplase en mí luego
tu voluntad soberana.
Y dado el consentimiento,
obró el Espíritu Santo
el soberano misterio
de la Encarnacion sagrada.
Cuando rayos esparciendo
el alado Parainfo
la dejó con gran contento.
Y en otra parte diré
del casto José los celos.



LOS CELOS DE SAN JOSEF.

SEGUNDA PARTE.

Supuesto que prometí
contar de José los celos,
prósigo, si mi auditorio
me presta un rato silencio.
Con prisa Marchó María,
luego que entendió el secreto
de Isabel, por visitarla;
y así que las dos se vieron,

tiernamente se abrazaron.
E Isabel reconociendo,
que su niño daba saltos
de placer, á Dios sintiendo
cerca de sí, exclamó y dijo:
¿de dónde á mí el don inmenso
de que venga á visitarme
la Madre del que es mi dueño?

Bendita tú que creiste,
 pues verás ser todo cierto
 cuanto te ha sido anunciado;
 y bendito el fruto excelso
 de tu vientre generoso,
 de todo el mundo remedio.
 Y humilde María entonces,
 al Señor engrandeciendo,
 dijo: por su gran bondad
 logro yo, sin merecerlo,
 un tal bien, y por dichosa
 me aplaudirá el universo.
 Zacarías, aunque mudo,
 le hizo buen recibimiento;
 y allí se estuvo tres meses,
 hasta que San Juan naciendo,
 volvieron á Nazaret.
 Y yéndose descubriendo
 de cada dia el preñado,
 José que reparó en ello,
 entre sí vuelve y revuelve
 un temeroso recelo.
 ¡Cómo puede ser (decía
 el varon casto y honesto)
 que María esté preñada?
 no es posible, no lo creo.
 Mas ¡ay triste! que su vientre
 á voces lo está diciendo.
 Tente, lengua, no pronuncies
 semejante desacierto,
 porque mas pura es María
 que el cristal, y mas que el cielo;
 y si los ojos la acusan,
 se engañan en lo que vieron.
 Era grande su tristeza,
 sin tener atrevimiento
 para inquirir de su Esposa
 la causa de estos efectos.
 Viéndose pues congojado,
 y que no hallaba remedio,

por no llegar á acusarla,
 quiso poner tierra en medio.
 La Virgen bien conocia
 de su esposo el sentimiento,
 mas de Dios voluntad era,
 que lo tuviese en secreto.
 Tan terrible era el dolor
 que siente José, que viendo
 que la ofende, si lo dice,
 pedia remedio al cielo,
 diciendo: inmenso Señor,
 no creo que sea cierto
 me haya ofendido María,
 pues fuera notable yerro;
 pero ser cierto el preñado,
 sin saber el autor de ello,
 es lo que á mi corazon
 angustia y causa tormento.
 Estando en aquestas dudas,
 le entró un tan profundo sueño,
 que vencido de él, se halló
 dormido luego al momento.
 Bajó un Angel y le dijo:
 escucha, José, atento:
 no temas pues, que tu Esposa
 ha de ser Madre del Verbo.
 Despertó el santo varon
 alborozado, y mas viendo
 al hermoso Paraninfo,
 que iba los aires rompiendo.
 Fue á buscar su amada Esposa,
 y con vergüenza y respeto,
 contento, alegre y gozoso,
 se arrojó á sus pies, diciendo:
 Virgen soberana y bella,
 Madre del humano Verbo,
 bendita entre las mugeres,
 perdona mi atrevimiento.
 Y la Virgen le responde
 con semblante muy risueño:

mi indignidad reconozco,
 pero Dios es quien lo ha hecho;
 perdona que lo he ocultado,
 pues convino así el hacerlo.
 Pasados algunos meses,
 una jornada han dispuesto,
 que les obligaba el César,
 que cada cual á su pueblo
 concurriese á suscribirse,
 para pagar cierto impuesto.
 Parten á Belen alegres,
 mas acercándose el tiempo
 de aquel soberano parto,
 San José iba sintiendo
 las fatigas de la Virgen,
 porque del preñado el peso
 á ella habia de causarla
 cansancio é impedimento;
 y así la iba consolando,
 de esta manera diciendo:
 ánimo, bello diamante,
 lucero entre los luceros,
 buen ánimo, que esta noche
 nuestros parientes veremos,
 y luego os regalarán
 con amor y con afecto,
 porque son muy generosos,
 y que tienen para hacerlo.
 Descúbrense ya las torres
 y los edificios bellos
 de la ciudad de David,
 y ya la noche viniendo,
 empieza á sentirse el frio,
 por ser en el crudo invierno,
 y la soberana Virgen
 el rigor iba sintiendo;
 y animosa se esforzaba,
 por no dar pena á su dueño.
 José lo echaba de ver,
 y como no halla remedio,

el corazon á pedazos
 se le deshace en el pecho.
 Llegan en fin á Belen,
 y toman algun consuelo,
 por la máquina de gente
 que por las calles van viendo.
 Van á casa sus parientes,
 y ellos la pobreza viendo,
 con las puertas en la cara
 á los dos esposos dieron.
 Viéndose desamparados
 de sus parientes, se fueron,
 por ver si en algun meson
 les daban acogimiento.
 Pero fue cansarse en vano,
 y de Belen ya saliendo,
 reparan en un portal
 ya arruinado y deshecho,
 y acercándose hácia él,
 llegan y ven que está abierto,
 con que en tan grande afliccion
 les sirvió de gran consuelo.
 Saca recado José,
 con que encendió lumbre, y luego
 entran dentro y reconocen
 en un pesebre muy viejo
 una pollina y un buey
 comiendo un poco de heno.
 Consoláronse algun tanto,
 y la Virgen conociendo
 que se aproximaba el parto,
 le pide á su amado dueño
 con humildad cariñosa,
 que la previniese lecho.
 Era tan pobre la cama,
 y con tan poco aderezo,
 que su esposo muy alegre
 se la previno al momento.
 Recogióse allí la Virgen,
 y en otro rincon no lejos

previno el justo José
 su cama con paja y heno.
 Apenas dieron las doce,
 cuando del virginal seno
 salió mi Dios hecho hombre,
 por darle al hombre remedio.
 Adora la Virgen pura
 al mansísimo Cordero,
 vertiendo perlas sus ojos
 le dice dos mil requiebros.
 El Niño Jesus lloraba
 por la crudeza del tiempo,
 y la pollina y el buey
 le abrigaban con su aliento;
 cuando de los nueve coros
 bajan en racimos bellos
 muchos Angeles cantando
 el gloria in excelsis Deo,
 y tambien dulces motetes,
 que alegran el portalejo.
 En esto José recuerda,
 y escuchando tal concierto
 de las voces y alegría,
 luego supo el fundamento:
 levantóse muy alegre,
 vió aquel portal vuelto en cielo,
 y al mismo Dios hecho Hombre
 en un pesebre grosero.
 Luego un Angel les dió aviso
 á unos pastores, diciendo:
 venid á Belen, zagales,
 y vereis en carne al Verbo.
 Levántanse alborozados,
 como locos de contento,
 dando aviso á las pastoras,
 y ellas con amor muy tierno
 previnieron que llevarle
 á la parida al momento.

Una le prepara miel,
 otra aceite y un pan tierno,
 y otra le lleva los paños
 al Niño Dios verdadero;
 tambien los pastores llevan
 paños de lana groseros,
 zamarras para la cama;
 otro le lleva un cordero.
 Se entran por aquel portal,
 todos cantando y tañendo,
 cual tamboril y cual flauta,
 cual sonaja ó morteruelo,
 cual la ronca castañuela,
 cual el rústico pandero,
 y alegrando á la parida,
 alternan muy placenteros:
 viva el Niño Dios y Hombre,
 Hijo de Dios verdadero;
 viva la hermosa María,
 y José su compañero.
 Allí formaron su baile
 muy alegres y risueños,
 y le besaron la mano
 al Rey de la tierra y cielo.
 Los pobres dones le ofrecen,
 y aceptando el buen afecto,
 dió señas de que gustaba
 de aquel inocente obsequio.
 Pues en el portal humilde
 se presenta el Niño bello,
 recordando haber nacido
 por nuestro bien y remedio,
 y quiere hacernos favores,
 obsequiarlo procuremos,
 diciendo con reverencia,
 celebrando este misterio:
 gloria á Dios en las alturas,
 y paz al hombre en el suelo.

F I N .

Valencia; Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, número 24.